

ridos y más venerados, como Guerrero que fué fusilado cobardemente y de un modo tan alevoso, que hasta en el extranjero causó indignación.

Desde luego se notó que los verdaderos héroes como Bravo, Guerrero, Victoria, Alvarez tan pronto como comprendieron el mal que hacían al país con las revoluciones, encaminadas sólo á cambiar de Presidente de la República, no volvieron á cometer faltas tan funestas y sólo se les volvió á ver que empuñaban las armas cuando las instituciones democráticas corrían grave peligro de ser para siempre olvidadas y cuando se hacían insufribles las dictaduras militares de los insurgentes de última hora, de los ambiciosos de mala ley que de un modo tan espléndido hacían pagar á la patria sus insignificantes servicios. En cambio, estos últimos, con su afán de dominar, nunca dejaron en descanso á la República con sus continuas asonadas, sus levantamientos, sus revoluciones, siempre ofreciendo al pueblo: orden, garantías, respeto á la religión, pero tan pronto como llegaban al poder, olvidaban sus promesas convirtiéndose en desalmados tiranos.

**Trabajos democráticos
del elemento civil.**

Paralelamente á los abusos de esos militares ambiciosos que debían sus ascensos á la asonada y á la traición y que sólo buscaban en el poder la satisfacción de sus bajas pasiones, notábanse desde un principio los esfuerzos del elemento civil, del elemento sano, que aprovechaba todas las oportunidades que encontraba para hacer sentir su saludable influencia, mandando, siempre que se convocaba á elecciones

de diputados, representantes que supieron cumplir fiel y patrióticamente con su cometido,

Al estudiar atentamente la época que sucedió á la declaración de nuestra independencia, causa satisfacción ver que siempre que de buena fé se convocaba á la Nación para que mandara sus representantes al Congreso, éstos dieron pruebas de gran patriotismo; y si bien, al principio cometieron algunas faltas, hijas necesarias de la inexperiencia, muy pronto enmendaron sus errores, y aquéllas no fueron de tan funestas consecuencias para la República, como las continuas asonadas y revoluciones del insubordinado elemento militarista, que ha sido la verdadera rémora para que el país marche rápidamente á sus grandes destinos impulsado por las prácticas democráticas.

**Reflexiones sobre
militarismo y democracia.**

De cualquier modo que sea, ese hecho nos demuestra que no es tan difícil que se implanten en un país nuevo las prácticas democráticas y para que en México y en las demás naciones hispano-americanas se haya luchado tanto para lograrlo, no ha sido por la ignorancia del pueblo, sino por que después de las grandes guerras, siempre les queda á los países victoriosos la pesada carga de sus salvadores que muy caro se hacen pagar sus servicios y los que aprovechan la situación para explotarla impudicamente en su favor.

Para probar lo anterior, citaré el ejemplo del Brasil que hizo una revolución pacífica para cambiar de régimen de gobierno, y como sus nuevos caudillos no tenían que reclamar grandes servicios,

pronto hubo la Nación saldado cuentas con ellos y recobrado su tranquilidad, y la paz dentro de la libertad.

En cambio, la antigua Roma, modelo de democracias, en donde el pueblo había conquistado palmo á palmo sus derechos y practicádolos varios siglos, se vió arrancar esos preciosos derechos por sus generales victoriosos, que después de conquistar el mundo, vinieron á Roma á exigirle que con sus libertades pagara sus servicios.

Ejemplos de esa naturaleza encontramos con frecuencia en la historia y por no ser más extenso, solo citaré el caso de la Francia Republicana, que victoriosa había rechazado á todas las Naciones de Europa, por que si bien le hacían la guerra lasostas coronadas, los pueblos recibían como á sus salvadores á las huestes republicanas, cuando éstas á su vez invadieron á los países vecinos, obteniendo triunfos que cada vez más aseguraban la grandeza de la Francia, y consolidaban las preciosas conquistas que había hecho para el género humano.

Pues bien, esa Francia que había hecho mil pedazos el cetro de sus antiguos reyes; que había roto con todas las tradiciones del pasado, y que altiva y victoriosa ostentaba en una mano el gorro frigio de la libertad para todos los pueblos, y en la otra un azote para todos los tiranos de la tierra, esa Francia, tan grande y tan noble y que había sido invencible en la guerra, la vemos inclinar sumisa la cabeza ante el afortunado militar que en Italia había conquistado gloria inmarcesible para las armas

francesas y con la corona, es decir con el sacrificio de su libertad, le pagó sus brillantes victorias.

¡Igual había hecho Roma con César!

¿Y cual fué para la Francia el fruto de aquella debilidad?

Bien amargo por cierto, pues después de una corta aunque brillantísima epopeya en que las águilas imperiales se pasearon victoriosas por toda Europa, y que le costó la pérdida de millares de hijos, vió derrumbarse como un castillo de naipes el imperio que parecía coloso y tuvo que ver su territorio mutilado después del último desastre de Waterloo.

Así pasa con todos los edificios que no tienen base sólida, que no se asientan sobre instituciones liberales, que no descansan en el pueblo mismo, sino que dependen de la vida, de la fortuna ó del capricho de un solo hombre.

Los vastísimos imperios de Alejandro el Grande y de Carlo Magno, sólo subsistieron mientras vivieron sus fundadores; en cambio, las repúblicas y los países endonde funcionan con regularidad las instituciones democráticas, aunque menos brillo en sus acciones guerreras, tienen una grandeza más efectiva y sobre todo más duradera, y si no, allí tenemos ejemplos para el más exigente: En la antigüedad, Roma cuya grandeza y cuya fortuna fué constante mientras fué república; en los tiempos modernos, los ejemplos más sobresalientes son Inglaterra y Estados Unidos; La Inglaterra, en donde por primera vez anidó la libertad después de haber sido proscripta de Roma, y cuyas sólidas instituciones reposan sobre la voluntad popular, ha ido siempre ensanchando sus dominios, y nunca ha estado

sujeta á las veleidades de la fortuna que acompañan á las Naciones cuando éstas depositan todo el poder en un solo hombre y abdican de su libertad.

La grandeza creciente de los Estados Unidos nos es demasiado conocida y debemos de imitarlos en sus prácticas, sobre todo, ese apego á la ley de que dan ejemplo sus mandatarios, á fin de poder llegar á ser tan grandes como ellos.

Por último, la Europa contemporánea nos presenta un cuadro vivo de la fuerza de la democracia.

Francia, después de sus últimas convulsiones, á resulta de las cuales sepultó para siempre la idea monárquica bajo todas sus formas, ha entrado en calma, ha logrado progresos portentosos en todos los ramos y después de obtener brillantes triunfos diplomáticos debido á su prudencia, á su calma, al patriotismo y serenidad de sus directores, ocupa un lugar preponderante en Europa, á pesar de la catástrofe de 70, que tanto la debilitó; mientras que Alemania, á pesar de que el temperamento sajón es más calmado, más sereno, se vé constantemente agitada por las veleidades de su Emperador, que en un arranque de vanidad, de orgullo, de ira, ó de ceguedad, parecida á la que impulsó al pequeño Napoleón á la guerra del 70, puede traer sobre élla y sobre toda Europa una guerra desastrosa por causas bien mezquinas, bien indignas del brillo que los Emperadores pretenden dar á su púrpura, y además, de consecuencias espantosas para su propio país aún en el caso de salir victorioso de la contienda, pues si bien es cierto que las inagotables riquezas de su rival podrían indemnizarle los gastos que hiciera en

la guerra, nunca podría ésta devolverle los innumerables hijos que perdiera en los campos de batalla. Es cierto que ésto no pesa nada en la balanza de los pueblos cuando dependen de un soberano, pues éste tiene tantos súbditos, que bien puede sacrificar algunos cientos de miles para ensanchar sus dominios, para conquistar una poca de gloria, para satisfacer su vanidad; pero no piensan de igual manera las madres, que desoladas esperan y nunca ven llegar á los hijos de sus entrañas; las viudas y los huerfanos, que en la miseria tendrán que llorar sin consuelo la muerte del esposo, del padre. Estos llantos, que en un pueblo democrático repercuten por todo el territorio Nacional, inspirando cordura y prudencia á los hombres que llevan las riendas del gobierno, ó bien, haciendo que sean reemplazados por otros si se vé que quieren embarcar á la Nación en una aventura peligrosa, en las autocracias no tienen ningún eco, pues al autócrata, no llegan esos gemidos inoportunos, sólo llega el bélico acento del clarín; la voz de la prudencia permanece en la puerta del palacio, pues los hombres dignos que podrían aconsejarla, no son del agrado del soberano y sólo están cerca de él, los que mejor saben adular sus pasiones, aunque con sus pérfidos consejos los encaminen á las aventuras más desastrosas.

Al leer lo anterior quizá haya quien suponga que todo lo dicho es efecto de mi imaginación, pero que se estudie detenidamente las relaciones franco-alemanas con motivo de la cuestión de Marruecos y se verá que permanezco aún frío al relatar acontecimientos de interés tan palpitante, que se recuerde el funesto acontecimiento de la guerra

Ruso-Japonesa tan imprudentemente iniciada por el orgullo y la debilidad del Zar y que costó tantos hijos á la Rusia y al Japón, habiendo tenido por epílogo la más vergonzosa de las derrotas para los antes invencibles ejércitos moscovitas.

A grandes reflexiones se prestan aún estos acontecimientos, pero quizá más allá, en el curso de este trabajo, encuentre oportunidad de hacerlas; por lo pronto, el hecho que quería hacer resaltar, es el relativo á los grandes males que sufren los pueblos por dejarse dominar por un solo hombre, el peligro tan grande que corren de que ésto suceda después de guerras en que las armas nacionales resultan victoriosas, la frecuencia con que ha pasado tal cosa en todos los pueblos del mundo y por último que el militarismo ha sido siempre el enemigo de la libertad y el principal obstáculo para el funcionamiento de la democracia, y no la ignorancia de los pueblos, pues por más atrasados que estemos y que estuviéramos después de 1821, no lo estamos tanto como Grecia en los tiempos míticos y Roma en el de su grandeza.

Por consiguiente, debemos hacer á un lado ese grosero pretexto que han invocado siempre los tiranos para oprimir á los pueblos: que no están aptos para la libertad y convencernos de que aquí en México, hemos sufrido las consecuencias que invariablemente nos presenta la historia después de las grandes guerras. Una vez vencido el enemigo extranjero, ha sido necesario pagar caramentamente los servicios á los generales afortunados; por ese motivo pusimos la corona en las sienes de Iturbide, cuya hoja de servicios en favor de su nueva patria

consistía en la oportuna defección que hiciera á la que antes hubiera considerado como tal.

Por una gratitud más merecida, pero igual mente ciega, se quizo premiar á los demas caudillos de la independencia con la silla presidencial. ó bien ellos lo exigieron con la espada en la mano como Guerrero y Bravo.

Aprovechando el estado caótico que resultó de las asonadas promovidas por aquellos eminentes patriotas, una turba de antiguos caudillos, muchos de ellos patriotas de última hora, turbaron constantemente la tranquilidad de la República con sus frecuentes asonadas, dando por resultado que el más afortunado, ó el más hábil militar era el que ocupaba la silla presidencial, convocando algunas veces á elecciones para el nombramiento de representantes, pero disolviendo las asambleas que constituían éstas, tan pronto como no respondían servilmente á sus miras.

Santa Ana. Entre estos audaces militares, figura en primer línea el General Santa-Ana, el más veleidoso de todos los mandatarios, el más intrigante de todos los ambiciosos de aquella época, el más cínico en sus ofrecimientos al pueblo, el que defeccionó de todos los partidos, y traicionó á todas las causas.

Entre él y otros cuantos ambiciosos, tenían al país en constante alarma, resultando que los Estados que estaban lejos de la acción del Centro, vivían casi independientes y no sabían á qué autoridad obedecer; pero también con Santa-Ana había contraído una deuda la Nación, pues había sido de los revolucionarios más afortunados y había

tenido la suerte de derrotar á Barradas, acción militar que él supo explotar hábilmente para aparecer ante la patria como uno de sus hijos beneméritos.

En pago de esa deuda hubo que permitirle escalar la Presidencia de la República repetidas veces, siendo él el que se encontraba al frente del gobierno cuando se separó Texas declarándose independiente.

Santa-Ana fué con fuerzas considerables á batir á los texanos, pero debido á su impericia militar y á su cobardía, sacrificó inútilmente los elementos y las fuerzas nacionales, pues una vez prisionero dió orden á las fuerzas mexicanas para que se retiraran y abandonaran el terreno en disputa.

¡Consideraba de más valor su tranquilidad y su vida, que la integridad de su Patria! y fué á soldado tal, á quien la Nación encomendó su defensa cuando fué invadida por los Norte-Americanos. Apenas es concebible que haya hombres que con sus descarados embustes, que con sus intrigas, puedan llegar á imponerse de tal modo á Naciones como la mexicana, que siempre ha contado con hijos dignísimos; con hijos valerosos, prontos á sacrificarse por élla.

Sin embargo, esa es la amarga realidad.

Santa Ana había encontrado el modo de reivindicarse ante la Nación, haciendo un alarde de resistencia en Veracruz contra las fuerzas francesas, y publicando proclamas en que describía como un triunfo para las armas nacionales, lo que en realidad había sido una derrota, si no para la mayor parte del ejército que con valor se defendió dentro de

sus cuarteles, si para él y para las fuerzas directamente á su mando, pues á la primer noticia que tuvo del desembarco de los franceses, corrió despavorido y sólo recobró la calma y vino á atacar al enemigo, cuando se retiraba, porque creía haber logrado su objeto llevándose prisionero al General Arista que confundieron con Santa-Ana.

En esa acción, á pesar del brío de que hablaba en sus proclamas, está demostrado fuera de duda por el sagaz historiador y apreciable amigo mío, Sr. Fernando Iglesias Calderón, que á lo que debió la pérdida de su pierna, fué á que no se ocultó bastante bien tras un muro como lo intentó, mientras ordenaba una carga enteramente inútil, y que costó la vida á muchos buenos soldados.

La sangre que derramó Santa-Ana en esta ocasión, por su pierna mutilada, costó muy caro á la patria.

Las torpezas y las intrigas de Santa-Ana y de otros jefes que aprovechaban los elementos que para su defensa ponía la Nación en sus manos, para rebelarse contra el gobierno constituido, derrocarlo y poner otro en su lugar, dieron por resultado que no pudimos hacer frente á las tropas americanas que invadieron nuestro territorio por que no era posible organizar ninguna defensa seria en medio de tantas disenciones, pues para eterno baldón de sus autores, éstas no cesaron ni cuando el suelo patrio era profanado por el invasor extranjero.

Esto viene á demostrar que no debemos esperar nada de esos militares ambiciosos, pues por tristísima experiencia, hemos visto cómo han antepuesto

siempre sus ambiciones personales á los más sagrados intereses de la patria.

De que un hombre, militar ó no militar, toma el funesto camino de las revoluciones para escalar el poder, deben sernos sospechosos todos sus actos, debemos desconfiar de sus promesas por más halagadoras que nos parezcan.

Lo que debemos entender por militarismo. Ya que tan duramente hemos increpado en este lugar á militares ambiciosos que han sido la causa del desmembramiento de la República, conviene hacer una aclaración importante.

Siempre hemos tenido en nuestro ejército militares pundonorosos, valientes hasta la temeridad, caballerosos hasta lo novelesco, y nobles y abnegados hasta el sacrificio.

Estos militares siempre están listos para defender á su patria cuando ésta corre algún peligro, luchan valientemente en su defensa y cuando el peligro ha pasado se retiran á la vida privada ó siguen en su puesto, habiendo satisfecho su ambición con inscribir en las páginas de la historia patria un día más de gloria, al haberla salvado del peligro que corría.

Esos valientes y modestos héroes, no andan haciendo alarde de sus servicios, no se hacen pagar por la patria la sangre que por ella derramaron; saben que al defenderla han cumplido con su deber, y con eso están satisfechos.

Esos son los verdaderos militares, los sostenes de la patria en los días de peligro, los que le han legado sus glorias más puras; esos militares pundo-

norosos, nunca han sido una carga para la patria como los ambiciosos á que nos referimos más arriba, y al hablar de militarismo y de los males que éste ha causado á la Nación, nos referimos exclusivamente á los militares insubordinados, sin conciencia, que han abrazado la noble carrera de las armas, no con el fin levantado de defender á su patria, sino con el de llegar á dominarla para satisfacer sus pasiones ruines, su insaciable ambición.

En la guerra con los Estados Unidos, exceptuado á Santa-Ana y á uno que otro ambicioso, el ejército se portó con bravura, y si su general en jefe no hubiera traicionado, ó por lo menos no hubiera cometido una falta inexplicable, las armas nacionales se hubieran cubierto de gloria en la batalla de la Angostura, lo cual nos hubiera asegurado nuestra integridad nacional, pues este ejército una vez victorioso, hubiera regresado al Centro en excelentes condiciones para batir al enemigo que amenazaba por otro lado, y por lo menos, no hubiera sido tan humillante el tratado celebrado para obtener la paz y la evacuación del territorio nacional, por las fuerzas Norte-Americanas.

No hablaremos de las demás faltas que Santa-Ana cometió durante esa guerra de tan tristes recuerdos para los mexicanos, pues son demasiado conocidas.

Dictadura de Santa-Ana Lo que sí diremos, es que á pesar de haber observado una conducta tan sospechosa durante la guerra, que merecía la execración nacional, por medio de una de tantas intrigas, volvió Santa-Ana al poder, al poco tiempo de haberlo abandonado el íntegro pero débil Arista.

Santa-Ana, despechado por sus derrotas con los Estados Unidos de América, y más aún, con los que habían criticado su conducta censurando sus actos, inició una era de persecuciones y de venganzas como raras veces se habían visto desde que México era independiente; se revistió del poder dictatorial; se hizo proclamar «Alteza Serenísima,» decretar los honores y tratamientos más extravagantes; para sostenerse en el poder, equipó muy bien y aumentó considerablemente el ejército, poniéndolo en condiciones muy superiores á cuando se trató de defender á la patria; persiguió á los escritores independientes, y gobernó despóticamente, procurando centralizar todo el poder en sus manos, como lo había intentado cada vez que ascendiera al poder y como lo intentaron también todos los que pretendieron gobernar al país por medio de dictaduras militares.

Revolución de Ayutla. La desesperación de los pueblos había llegado á su máximum y la Nación, aunque aparentemente tranquila como siempre que pesa sobre élla alguna dictadura, estaba en una gran efervescencia y sólo faltaba una chispa para encender otra vez la guerra civil.

La chispa fué encendida por el General Don Juan Alvarez, uno de los héroes de nuestra independencia, de esos hombres tan raros en todas las épocas, por su patriotismo y su desinterés. Él nunca pidió nada á la patria en pago de la sangre que mil veces derramó por ella; se contentó con verla libre y desde su modesto retiro, gobernando con acierto é integridad admirables el Estado de

Guerrero, contemplaba con honda tristeza los frecuentes tropiezos que sufría la patria que él ayudó á crear. Mas tarde, cuando fué nombrado Presidente de la República, con una magnanimidad y un desinterés que raramente encontramos en la historia, renunció á ese elevado puesto, dejando en su lugar á quien él juzgaba apto para sustituirlo.

La revolución iniciada en Ayutla y encabezada por el venerable insurgente de quien acabamos de hablar, así como de hombres de gran prestigio como Comonfort, fué secundada por toda la Nación y á pesar de los espléndidos ejércitos con que contaba la Dictadura, triunfó en poco tiempo, arrojando del suelo patrio al funesto dictador, é implantando un gobierno netamente popular, al frente del cual estuvo provisionalmente el General Comonfort, quien cedió el puesto al General Alvarez que fué designado para ocupar la Presidencia, mientras se reunía el Congreso Constituyente y al elaborar la Constitución, determinaba el modo como debía de ser electo su sucesor.

Como dijimos más arriba, el General Alvarez delegó el alto poder con que se le había investido, en su dignísimo colaborador, el General Comonfort. Parece que las principales causas que lo determinaron á tomar esa resolución, fué su avanzada edad que no le permitía llevar el grandísimo peso de la administración, en aquella época, tan difícil.

La elección que hizo para sustituto no podía ser más acertada, como acierta siempre el que no obedece á mezquinas pasiones, sino que procura inspirarse en los altos intereses de la patria.

Comonfort, ciñó sus actos fielmente á lo ofrecido

en el plan de Ayutla, convocó el Congreso Constituyente, al cual dejó en entera libertad para que cumpliera su cometido y llevara á la cima su magna obra; gobernó al país con acierto; reprimió los movimientos revolucionarios con actividad y energía; y procuró quitar á las guerras civiles el carácter de ferocidad que siempre habían tenido, usando de una rara magnanimidad con los vencidos.

**Congreso
Constituyente.**

El Congreso Constituyente, á la sombra del fuerte brazo de Comonfort, y aunque en medio de las tremendas agitaciones de partido que conmovían en aquella época á la República, pudo, con relativa calma, dedicarse á sus labores; el fruto de éstas fué la Constitución proclamada y jurada el año de 1857, en la cual se reconocían todos los derechos del hombre, se daba al país la forma de gobierno representativo federal, satisfaciendo de esta manera las manifiestas aspiraciones de la Nación.

Los trabajos de ese Congreso son memorables, por la magnitud de sus resultados, por el alto patriotismo de sus miembros, por su clarividencia, su elocuencia persuasiva, su serenidad en medio de las tempestades que los amenazaban y por último, por su desinterés, virtud cada vez más rara en nuestro suelo.

Ese Congreso grabó en nuestra historia, con letra indeleble, una de sus páginas más gloriosas, pues justamente podemos vanagloriarnos los mexicanos de poseer una de las Constituciones más sabias y más liberales del mundo.

La reunión de aquel Congreso es la prueba más

elocuente de que en México estamos perfectamente capacitados para la democracia, pues como para su elección no se ejerció presión alguna, fueron representantes genuinos, legítimos del pueblo, los que á él concurrieron, y como parte integrante del mismo, conocedores de sus necesidades y sedientos de libertad.

Su labor fué admirable, y asambleas tan notables honran á cualquier país. Pero esos hombres necesitan para su desarrollo, el ambiente de la libertad; la opresión, la tiranía, los asfixian.

Después de terminadas sus labores, el Congreso Constituyente clausuró sus sesiones, y los ilustres patricios que lo formaban, regresaron á sus hogares.

Presidencia de Comonfort. De acuerdo con la nueva Constitución se procedió á la elección de Presidente de la República, recayendo el nombramiento en el General Comonfort que había revelado tan notables dotes administrativas, las cuales, unidas á su energía, su actividad y su proverbial magnanimidad, le habían rodeado de una aureola de verdadera popularidad.

El General Comonfort empezó á gobernar con dificultades de toda clase, debido principalmente á los continuos pronunciamientos del elemento netamente militarista, que asociado con el clero y el partido conservador, sólo quería el poder para saciar sus ambiciones, pues si bien es cierto que cuando esos afortunados y audaces generales llegaron al poder, daban algunos decretos favorables al clero, en realidad era más lo que le quitaban en forma de empréstitos; y en cuanto á piedad, salvo su concurrencia oficial á las más fastuosas ceremo-

nias del culto, poco se preocupaban por los verdaderos intereses de la religión, cuando no se mofaban de ella, pues por más partidario del clero que fuera Márquez, nunca podremos convencernos de que fuera un verdadero creyente; y así los demás generales, que aunque no tan feroces como éste, no demostraban tener muchos escrúpulos religiosos en ninguno de sus actos, como lo demuestra principalmente la facilidad con que se afiliaban ya á uno, ya al otro partido; su espada, salvo rarísimas y honrosas excepciones, estaba al servicio del que pagara mejor, ó del que ofreciera más galones.

En vista de tales dificultades, el Congreso, obrando con gran cordura y con patriótica prudencia, invistió á Comonfort de poderes omnímodos, para que pudiera combatir eficazmente á los revolucionarios, y con la unidad de mando, tan necesaria cuando las Naciones pasan por sus grandes crisis, pudiera remediar la situación y restablecer el orden.

Golpe de Estado. A pesar de esta noble conducta del Congreso, Comonfort, obedeciendo á inexplicable sugestión; él que había sido tan leal para cumplir con lo pactado en el Plan de Ayutla; que había dado tantas pruebas de patriotismo, de prudencia y de rectitud, se resolvió á dar el funesto golpe de Estado para investirse con el poder dictatorial y convocar á otro Congreso Constituyente, porque le parecía que la Constitución, que él mismo había jurado cumplir y hacer cumplir, no llenaba las aspiraciones nacionales.

En presencia de estos hechos, se encuentra el historiador abrumado, aterrado, no acierta á expli-

carse cómo un hombre tan recto, haya cometido una falta tan imperdonable; un hombre tan noble, haya cometido una acción tan vituperable; un hombre tan apegado á la ley, la haya roto en sus manos, y por último, á un hombre que respetara como un ofrecimiento sagrado el que hizo en las efusiones de la victoria, diciendo "los heridos, pertenecen á Dios, yo los perdono", no se acordara antes de romper la Constitución, que hacía pocos meses había jurado solemnemente cumplirla y hacerla cumplir.

Sin embargo, el hecho existe y hay que buscarle una explicación.

Esta es muy sencilla, si seguimos el hilo de la idea que hemos venido desarrollando.

Comonfort, á pesar de sus brillantes y notables cualidades, era ante todo militar, y mal se aviene un militar acostumbrado á mandar sus ejércitos, con que se le haga ninguna observación; á tener un Congreso á quien consultar en todos sus actos; el acostumbrado á mandar, no puede obedecer, y menos un militar, que como él, había conquistado tan frecuentemente las palmas de la victoria, no podía verse subordinado á una asamblea de particulares, de hombres que no sabían ni manejar el sable.

Además, Comonfort había sido el principal motor de la revolución contra la dictadura; á él debía la patria su libertad, y tenía que pagarle caramente sus servicios. Un año de dictadura que había ejercido legalmente, lo habían engreído con el poder; ya no podía tolerar á congresos que estuvieran sobre él; el que había libertado á la patria de las ga-

rras de la dictadura y que en cien combates había derrotado á los enemigos del orden, tenía mas derecho á gobernar, que esa asamblea de demagogos que nada habían hecho, sino apresurarse á disfrutar de las victorias obtenidas con su espada.

Comonfort, al dar su golpe de Estado, «cambió sus títulos legales por los de un miserable revolucionario» según sus palabras textuales; la razón en que se apoyaba fué que no podía gobernar con la Constitución; pero los hechos vinieron á demostrar cuan grande era su error, pues mientras gobernó constitucionalmente, su administración gozaba de tal prestigio, estaba apoyado de un modo tan unánime por la Nación, que su gobierno parecía inmovible é indudablemente, que si no hubiera cometido falta tan trascendental, se hubiera ahorrado la patria muchos ríos de sangre y más pronto habríamos recobrado la paz, y con ella, el progreso en todos los ramos; á lo menos, tal es la opinión de la mayoría de nuestros historiadores.

Son raros los casos que nos presenta la historia, en que á las faltas sigan tan de cerca sus funestas consecuencias.

Comonfort, Presidente Constitucional, tenía el apoyo de la Nación entera.

Comonfort, revolucionario, ocho días después de su golpe de Estado, no contaba ni con la ayuda de los que lo indujeron á cometer falta tan grande; las fuerzas que se pronunciaron á su favor, fueron las primeras en volverse contra él y tuvo que salir de su país, á llorar en el destierro, los males que en un momento de ceguedad, produjo á su patria.

Otro ejemplo que retener: ¡un hombre como es-

te, tan merecedor de los más altos honores, de la gratitud nacional; de una prudencia y de un tacto admirables, de una conducta irreprochable, de un desinterés y de un patriotismo á toda prueba, cometiendo en un momento de ceguedad, de locura ó de debilidad, una falta irreparable! ¡Desgraciados pueblos cuyos destinos dependen de la vida, de la voluntad ó del capricho de un solo hombre!

Guerra de tres años. La única falta cometida por un hombre que siempre prestó servicios eminentes á la patria, volvió á acarrear sobre ella todos los horrores de la guerra civil durante tres años, pues el Jefe de las fuerzas que proclamaron el Plan de Tacubaya, una vez dado el golpe de Estado á favor de Comonfort, juzgó que podía dar otro golpe á su favor y así lo hizo revelándose contra el que acababa de investirse con los poderes dictatoriales, y ocupando la codiciada silla presidencial, de donde arrojó á su antiguo ocupante. El que ésto hizo, el Gral. Zuloaga, que había ocupado un puesto de tanta confianza entre las filas liberales, comprendió que éstos no podían aprobar su conducta, ni menos aun apoyarlo, y se pasó al bando opuesto, al partido conservador, que con estos elementos y casi todas las fuerzas de línea que se pasaron á su lado, emprendió la obra de asegurarse en el poder, persiguiendo á los liberales que en aquellos momentos se encontraban en condiciones angustiosísimas, pues casi todas las fuerzas de línea, todos los elementos de guerra y los mejores generales, sostenían al nuevo gobierno que se había instalado en la Capital de la República.